



FACHADA PRINCIPAL DE LA CATEDRAL DE LA-SEO DE ZARAGOZA.

(INCENDIO DEL CHAPITEL DE SU TORRE.)

Habiéndose ya ocupado el SEMANARIO en la descripción del templo de La- Seo de Zaragoza, y presentado sus vistas, interior y retablo mayor en los números 26 y 27 del tomo 6.º correspondiente al año 1841, hoy solo cumple á nosotros hacer una ligera reseña de su fachada principal. Esta, que desde luego se presenta al lado de su elegante y esbelta torre, pertenece al gusto greco-romano; adornado su primer cuerpo con columnas y pilastras de orden corintio, y el segundo con tres estatuas del Salvador, San Pedro y San Pablo colocadas en sus nichos respectivos: estas esculturas son obra de Don Manuel Guiral, así como el del todo de la portada es de Don Julian Yarza, á cuyo cargo estuvo su ejecución á fines del pasado siglo. La gigantesca torre que á su lado izquierdo se ostenta, fué ideada en Roma el año 1683 por Juan Bautista Contini, y aprobado el plan por otros dos arquitectos romanos, habiendo este sufrido alguna ligera modificación al ejecutarlo en el año siguiente: fueron los artistas encargados de esta obra Pedro Cuyeu, Gaspar Serrano y Jaime Borbon, según demuestra la inscripción colocada entre el almohadillado del primer cuerpo: este, que termina por una fuerte balaustrada, sirve de basamento á tres cuerpos mas que de él se levantan en proporcionada disminución: hacia la parte de la plaza y en el centro del segundo cuerpo, formado por pilastras y esquinas convexas, se ve la muestra del reloj sosteni-

da por las figuras alegóricas del Tiempo y la Vigilancia; el tercero, adornado con columnas del orden corintio, es de forma octógona, y en los frentes que corresponden á los ángulos del anterior estan colocadas sobre macizos zócalos cuatro colosales estatuas que representan la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza, ejecutadas por el escultor Don Joaquín Arali, hijo de la misma Zaragoza; en los huecos de los otros cuatro frentes estan las campanas: el cuarto cuerpo sigue el orden que el tercero, si es que en lugar de estatuas contiene unos flamerós al pié de sus pilastras; sobre este último cuerpo se veia no hace muchos años el lindísimo chapitel con que terminaba la torre, cuya desaparicion f.é debida á uno de esos fenómenos tan comunes en el orden de la naturaleza.

Era el 7 de abril del año 1830, día domingo llamado de Cuasimodo, en el que el Santísimo Sacramento se administra por todos los párrocos á los fieles de sus respectivas feligresias que por causa de enfermedad no les ha sido posible ir á recibirlo por sí al pié de los altares. Ya eran las siete de la mañana; las diferentes procesiones habian salido de sus parroquias, cuando una grande oscuridad anunció la proximidad de un fuerte tronador: con efecto, á muy poco rato una de las nubes mas próximas despidió una exhalacion, que dando en la cúspide del chapitel de la torre de La- Seo y resbalando á lo restante de la ar-

20 DE MAYO DE 1833.

mazon, bajó al reloj, y por las cadenas que con el cuadrante lo comunican pasó á este, y salió por el extremo de la saeta rompiendo la superficie del punto que esta marcaba que á la sazón eran las siete y media: desde este momento hasta las nueve y media estuvo humeando la parte superior del chapitel, y en aquella hora se declaró un horrible y espantoso fuego que lo devoró hasta su base, habiendo sido inútiles cuantos esfuerzos se hicieron por salvarle. El sensato pueblo de Zaragoza se hallaba contemplando mudo testigo tan fatal acontecimiento, y en su semblante se leía el disgusto que le causara y el temor al propio tiempo de que el fuego se comunicara á la armadura del grandioso templo del Salvador; pero nada le era posible remediar; tan débiles son los esfuerzos humanos cuando la Providencia ostenta como en este caso el mas pequeño átomo de su grandeza! A las once y media cayeron la bola dorada, veleta y cruz (que servían de remate) á un tejado inmediato, causando una gran brecha: sobre la una de la tarde ya se dominaba el fuego, y á poco no quedaba del chapitel otra cosa mas que la memoria de lo que fué. Las autoridades civiles y militares se presentaron inmediatamente en el sitio de la catástrofe, y á las dos se retiraban, quedando únicamente sobre la torre una porción de obreros apagando el monton de fuego allí acumulado por la combustión de tanto material.

Inmediatamente se procedió á abrir una suscripción para la reconstrucción de otro chapitel; y aunque se dijo haberse reunido una suma bastante respetable, la torre se conserva todavía en la misma forma, ó peor si se quiere, pues á tal ha llegado la incuria después de cinco años!!!

¿Es la civilización el origen de la inmoralidad de las sociedades modernas?

Agitado el hombre por el noble y genial anhelo de una perfección social que no se presenta á su vista,—y tal vez no sea dado á generación ninguna contemplar,—busca en lo porvenir ó en lo pasado la brillante realidad por que suspira: á esta causa deben atribuirse los cargos que con frecuencia suma se hacen á nuestro siglo y á su civilización. Ven hoy el cuerpo social afeado por llagas, ven dolo, maldad, vileza, en muchos hombres; ven á ocasiones alzarse edificios de grandeza y esplendor sobre los escombros de la ajena felicidad; ven crímenes y vicios, y de aquí deducen que es suma la corrupción de nuestro siglo, y lo que es peor, la juzgan debida al alto grado de cultura moral, social é intelectual que hemos alcanzado. No para aquí el error. Conociendo lo pasado por novelescas ficciones, ó forjándose de él fantásticas ideas, lo oponen á lo presente: contemplan allá la pureza, la hidalguía, el heroísmo, la excelencia del hombre bajo todas sus fases; aquí su envilecimiento bajo todas sus formas y en todos sus grados: maldicen entonces su adversa estrella que en tan aciagos tiempos les hizo abrir los ojos á la luz. Pero, si por un feliz capricho, los que así piensan hojeasen la historia y examinasen el objeto de su entusiasmo, sucediérales lo que al viajero cuando pasea sus miradas en claro día por los campos vislumbraos en oscura noche. Donde imaginó lumbrosos bosquecillos,—mansion del fresco y poéticas fantasías,—hallaría grupos de raquíticos ó dañinos árboles; donde apacibles lagos, inmundos pantanos; donde variadas flores, silvestres yerbas.

Los pasados siglos que, á favor de la distancia,—origen para los tiempos y las cosas de ilusiones tan encantadoras como vanas,—nos parecen tan superiores al nuestro en moralidad, le son muy inferiores, como veremos, si con el auxilio de la historia á ellos nos trasladamos. ¿Qué hallaremos en las primeras centurias de nuestra era? Una sociedad que se hunde bajo el peso de su indecible corrupción, hombres presa del frenesi, del crimen y del vicio, hombres que con espanto y asco pensamos eran de nuestra raza, y otros tan corrompidos y feroces, precipitándose sobre ellos para avasallarlos ó exterminarlos. Los bárbaros del Norte, destrozando el moribundo imperio romano, me traen á la mente la imagen de inmundos buitres ensañándose en fétido cadáver.

Si echamos una ojeada á la edad media, ¿qué notaremos? Crímenes, fanatismo, rapiña, disolución de costumbres, la fuerza brutal ostentándose desnuda, despótica y odiosa. El noble, que tanto se envanece con sus blasones y en ellos se funda para considerar al plebeyo como de raza inferior, no tiene á menos apostarse en los caminos para robar al viajero, ya sea rico mercader, ya humilde peregrino cuyos labios ha santificado el sepulcro del Redentor, ya pobre ministro del altar; y harto á menudo destrozados cadáveres, colgando de los árboles, anuncian que la feroz codicia del noble no ha encontrado el oro apetecido. La dama feudal huye del tédio en impuros amores, y no pocas veces, en tanto que su esposo guerrea bajo el fuego del sol de Siria, mancha en brazos de melillou trovador el tálamo conyugal. El clero, olvidando su noble ministerio de purificación y dulzura, olvidando el

inefable ejemplo del Salvador, se ampara de la sombra del altar para hollar las leyes divinas y humanas, las celdas de los conventos se convierten en antros de los vicios, y aun de crímenes espantosos. El pueblo, ignorante, desvalido, gime víctima de todas las vejaciones, y el infeliz vasallo del señor feudal, reprofanado su lecho conyugal, remaneado el objeto de su amor, se somete á una de las mayores degradaciones que pueda sufrir el hombre, por el mas inicuo é infame de los derechos, por un atroz derecho que hasta el clero reclama y del que á veces solo exime una indemnización pecuniaria. En medio de este caos de maldad y corrupción brillan á ocasiones la virtud, el heroísmo, la bondad moral; pero ¿qué son algunas estrellas en noche borrascosa? En esos ejemplos se ha fijado la poesía, y presentado casos aislados como una generalidad. Tanto valiera creer por una palmera que está el desierto poblado de ellas; por una pepita de oro hallada en el cauce de un río, imaginar que en él se atesoran riquezas.

Por el rápido bosquejo que de la edad media he trazado, fácil es sacar en consecuencia que el hombre, no por ser rudo é ignorante, no por vivir en la sencillez de una sociedad adolescente, se halla exento de inmoralidad; antes hay una casi certeza de que todo lo contrario suceda: parece á las tierras: estas de por sí poco bueno producen, y mezclado con muchísimo malo: las selvas del nuevo mundo, al lado de magníficos y provechosos árboles, presentaban multitud de inútiles ó nocivos, y en su frondoso seno aspirábase mortal ambiente: solo el cultivo dió al hombre ó pimas cosechas, y solo entonces dilataron su pecho saludables aires. Si en apoyo de mi aserto se necesitasen mas pruebas, volvamos los ojos á las remotas islas de la Océania, y en aquellas primitivas sociedades veremos al hombre, cruel, pérfido, supersticioso, disoluto, y no presentando en cambio casi ninguna virtud: penetremos en ignoradas regiones del Africa, y nos saludará la inmundicia prostitución: retrocedamos á los primeros tiempos de Méjico, cuando la existencia del nuevo mundo era aun ignorada del antiguo, y lo que D. Alberto Lista asqueó en la *Torre de Nesle* como uno de los mayores desafueros del romanticismo, será una realidad: la esposa del rey de Tescuco Netzahualpilli, tras la embriaguez de un efímero amor, hace perecer á sus amantes.

¿Será por ventura la moralidad griega la que humille á la nuestra? ¿Será Atenas, donde la casta esposa, confinada en el hogar doméstico, veía pagados con frío afecto su ternura, sus afanes por la educación de sus hijos y disciplina de su casa, mientras el amor, el entusiasmo, las atenciones, el predominio sobre el alma, se reservaban á las cortesanas? ¿Será Esparta, donde solo se pensaba en formar guerreros intrépidos y robustos, donde á este fin se sacrificaban los mas tiernos y dulces sentimientos, las mas nobles ocupaciones del espíritu; donde era lícito matar al recién nacido débil, y robar, con tal que se hiciese diestramente; donde se desnaturalizaba á la mujer y en pro de la patria se profanaba el matrimonio?

No al alto grado de cultura pues, á los grandes adelantos políticos y sociales de nuestro siglo, á su civilización, en fin, se debe la inmoralidad que en él se advierte. A mi ver, donde quiera que haya profundas y puras creencias religiosas, donde quiera que la adoración á Dios no consista solo en ceremonias, habrá moralidad, sea la que fuese la altura donde se encuentre el hombre en la escala de la civilización. Lucrecia, refugiándose de su desgracia en los brazos terribles de la muerte; Bruto inmoldando á sus hijos; Scévola contemplando impasible consumirse su mano en el brasero de Porsena; Coriolano, abandonando la yasegura venganza, humillando su inmenso orgullo á ruegos de Veturia, y yendo á arrastrar en largos y dolorosos años de oscuro destierro una vida en que tanta gloria podía haber aun; Cincinato, Virgilio, Scipion y tantos otros; las matronas que enseñaban á sus hijos como sus joyas de mas valía tantos sublimes ejemplos de virtud, de equidad, de abnegación y heroísmo,—pasmo y embeleso de las edades,—brillan en siglos de escasa civilización, pero en que el culto de la patria era en el romano tan fervoroso como el de los dioses; en que nada se emprendía sin consultarlos, y en que la primera ocupación matutina era volar á los templos á elevarles preces dictadas por fé profunda. La patria y la religión! hé aquí las causas de tantas grandes cosas realizadas por Roma. Cuando solo quedó la primera, empezó á cubrirse rápidamente de manchas su brillante historia, y no fué necesario largo trascurso de tiempo para ver al pueblo-rey, al vencedor del universo, postrado por el miedo ante las aras de Calígula ó Neron deificados!

Contemplemos ahora á la culta, á la refinada Francia, en el siglo pasado: mientras Felipe de Orleans, y en pos de él toda la nobleza, se entregaban al mas desenfadado epicurismo; mientras se lanzaban epigramas y sarcasmos á la religión entre un madrigal á disoluta dama y una libación de vino de Champagne; mientras en los dorados palacios nada había sagrado ni puro, refugiábanse la virtud y los santos goces de la familia en los pacíficos hogares de la clase media creyente y religiosa. Cuando mas tarde, á los tremendos golpes de Voltaire, los enciclopedistas y tantos otros, murió en las almas la fé en todo, y se

levantaron en su lugar las dudas ó la incredulidad,—así en derruido palacio oriental se pasean las fieras,—cuando de un lupanar subió Mme Dubarry á las gradas del trono; cuando los ministros del altar no se atrevieron á pronunciar en el púlpito el nombre de Jesucristo, y el abate de Prade calificó casi de hipótesis á nuestro Redentor en plena Sorbona; cuando al mártir de los siglos, cuando al pueblo se le presentaron como falsas y pérdidas las divinas palabras que suavizaban su jergon, templaban los hielos del invierno, y á su rabiosa desesperacion sustituian la dulce conformidad, entonces la disolucion fué general, indecible! Estalló la revolucion; y aquella generacion incrédula, para quien todo acababa en el sepulcro; aquella generacion que pisoteaba los vasos del altar y destruyendo los signos sagrados en los cementerios inscribia en su frontis *Sueño eterno*, emparó en sangre el suelo francés, la juventud, la hermosura, el talento, la vejez, la inocencia, la virtud, la demencia misma, no libertaron del sable y el cañon en seliembre, y de la guillotina durante el terror: aquel pueblo de tan noble índole, roto todo dique, se hartó de sangre con un placer de tigre, con frenético apetito, y patentizó qué terribles caídas sufre el hombre, en qué espantosos abismos va á dar, cuando cegado por el orgullo, renuncia á Dios y toma por única guia á su razon. Hombres de alta inteligencia, hombres de saber, prepararon las catástrofes revolucionarias, inflamaron el corazon del pueblo ignorante, pusieron en sus manos el sable y la pica, y le lanzaron á destruir, como lanza la bomba el artillero, sin saber si su obra de esterminio escederá á sus deseos.

De aquel tremendo caos de que salieron tantas reformas; de aquella inmensa demolicion en que perecieron tantos abusos; de aquella vasta purificacion, no pudo salir la mejora de las costumbres: antes bien creció, si posible era, la disolucion del reinado de Luis XV. Pero ¿cómo no ser así? ¿cómo podia dejar de ser carnal y corrompida la sociedad que, en vez del culto de Dios, proclamaba el de la razon, simbolizado por una mujer de mal encubiertas formas, y sustituia las imágenes de la Virgen y los santos con los bustos de Marat y Lepelletier? ¿Cómo no procuraria apurar todos los goces de la materia la generacion que no creia en otra vida, y veia á la muerte hacer con rapidez y abundancia pasmosas su fúnebre cosecha?

Así pues, á la indiferencia ó incredulidad religiosas, tan funesta una como otra, y á las tinieblas en que yace por desgracia una parte de los pueblos mas favorecidos por la civilizacion, débese la inmoralidad que empaña la gloria conquistada en tantas vias por nuestro siglo. Ahí estan los hechos en apoyo de mis palabras: entre los seres desdichados que se abisman en el crimen ó en la prostitucion, salvos muy contados casos, todos son víctimas de la mas intensa ignorancia, no poseen sanos principios religiosos, y aun algunos ni la menor idea tienen de las sagradas Escrituras. En los países donde la civilizacion ha derramado en las masas algunos destellos siquiera, son puras las costumbres y raro el crimen: en varios condados de Inglaterra, en algunas partes de Francia y de la union anglo-americana, en Alemania, donde las últimas clases de la sociedad poseen cierto grado de instruccion y sanas ideas religiosas, rarísimas veces tiene que ejercer su ministerio el verdugo. El hombre del pueblo, lleno de mas alta idea de sí mismo, no ya víctima de las preocupaciones que con férrea mano le hundian en el fango de la abyeccion, ama el trabajo, porque ve en él placeres, consideraciones, un risueño porvenir. Cuando la noche interrumpe sus tareas, lejos de buscar el olvido que proporciona la embrutecedora embriaguez, lejos de correr tras groseros pasatiempos ó solicitar las caricias de inmundas mujeres, vuela á recibir las de una casta esposa, las de tiernos frutos de amor sincero y profundo, y en las aguas divinas del Evangelio corrobora el vigor, las nobles tendencias de su alma, ó se embelesa con los acentos de la poesia. ¡Espectáculo sublime, consolador! ¡santo efecto de nuestra civilizacion! Las comodidades, los goces materiales coronados por los del entendimiento, en las mansiones donde en otro tiempo se albergaban la ignorancia, las malas pasiones, ceno del alma! Si contempla hoy el hombre del pueblo la suntuosa morada del rico, ó el blasonado coche del noble, no aprieta su corazon la rastrera envidia, porque la mano del divino carpintero de Nazaret le muestra un mundo en que solo habrá diferencia entre el bueno y el malo, y las instituciones sociales, la experiencia diaria, proclaman la igualdad de derechos entre los hombres. Si las alas de águila del genio levantan su alma á grandes cosas, laureles, honores, le brinda la sociedad, y su frente se alza casi tan alto como la de los reyes mas ilustres. El noble no busca ya renombre en los campos de batalla solamente, ni, sumido en viciosa molición, se contenta con los blasones de sus antepasados: lánzase tras otros nuevos en los numerosos talleres de la inteligencia, rivalizando con el plebeyo á quien proclama su hermano. La aristocrática dama abandona su perfumado gabinete y espléndidos salones para visitar los asilos de la indigencia enferma y prodigarle consuelos y beneficios, y aun á veces no asquea acercarse á la hez de su sexo con el celestial objeto de devolver á la vida moral almas corrompidas por el

vicio: movida de santo celo, trabaja sin cesar su ingenio en crear medios que enjuguen el mayor número de las lágrimas que hace correr la miseria.

Además de las precipitadas causas de inmoralidad, puede considerarse como una de no corta importancia la literatura amena, que generalmente hablando, en poesías, en composiciones dramáticas y en novelas, manifiesta harto á menudo tendencias destructoras, tanto mas fatales cuanto que su influjo se ha de ejercer sobre la juventud de ambos sexos, fácil presa de los sofismas, sobre todo cuando toman los acentos de la pasion ó las galas de la fantasia. ¡Cuántas almas acogen con férvido entusiasmo, admiran deleitadas esas obras que introducen en ellas lastimosa confusion que les hacen á veces irreparables estragos! Así el indio acogia alborozado, embelesábase admirando á los brillantes guerreros que en las armas, objeto de curiosidad y placentero asombro, llevaban los instrumentos que habian de introducir el trastorno y el esterminio en sus apacibles y dichosos hogares.

Cuando la luz de la civilizacion baña todo el cuerpo social; cuando se haya fijado en las almas sólido y sano conocimiento de la religion; cuando la literatura amena envíe constantemente á los espíritus saludable pasto, entonces,—creo yo,—la moral y la felicidad derramarán á la par sus goces sobre el universo.

El cristianismo y la civilizacion! hé aquí las dos lumbreras que han de guiar á la humanidad en su misterioso y angustiado paso por la tierra. Así, cual necesita esta la luz y los ardores del sol combinados, há menester aquella de los fulgores de la inteligencia y del calor de la fé que purifica y da vida al corazon. El cristianismo y la civilizacion —que lejos de embarazarse ó dañarse uniéndose, se robustecen mutuamente y solo entonces pueden producir todo el bien que en ellos cabe,—rigiendo el primero las almas, y los espíritus la segunda, son los que han de conducir á la humanidad á los mas brillantes destinos que Dios le haya señalado.

Tachable como sea nuestra moralidad, puede considerarse superior á la de los siglos precedentes: así lo han proclamado los insignes escritores Chateaubriand, Villemain y Guizot. Todo hijo de nuestros tiempos, al echar una ojeada á los pasados, debe llenarse de regocijo y bendecir, sin pecar de optimista, á la Providencia, que en estos le ha hecho nacer para contemplar las maravillas realizadas por el ingenio humano, los derechos de los pueblos mas respetados, la justicia desempeñando mejor su santo ministerio, el hogar doméstico mas feliz y puro y las costumbres dando con menos frecuencia ocasiones de ira al Ser Omnipotente!

Matanzas 1853.

EMILIO BLANCHET.

D. DIEGO DE ANAYA Y MALDONADO.

Hay siglos de transicion que no podemos clasificar en una época perfectamente deslindada, y cuyo estudio sin embargo abunda en interesantes lecciones para el historiador y para el filósofo. La edad media termina en el reinado de los monarcas católicos, porque entonces una horda de turcos que logró consternar á la Europa prevaleciendo de su desunion religiosa y política, esparce por todo el globo á los depositarios del antiguo saber libertado del naufragio de los bárbaros, y los españoles levantan la cruz en los minaretes de Granada y abaten para siempre el estandarte del Profeta; pero aun antes se ven los bosquejos de la civilizacion moderna: larga série de legisladores ha venido preparando la organizacion social de la monarquía castellana, y en tiempo del generoso rey D. Juan I, alcanza el elemento popular el mas alto punto de su influencia y de su poder. En estos periodos de caracteres vagos é indefinidos, en que todo se mezcla y confunde, y en que al lado de los elementos decadentes de una vida anterior fomenta la sociedad los gérmenes vivificadores de otra nueva y acaso de mas brillante porvenir, los hechos tienen gran significacion, y los personajes adquieren colosales proporciones en la historia filosófica.

No fué D. Diego de Anaya y Maldonado uno de esos grandes géneos que con sus concepciones ó empresas caracterizan el siglo en que vivieron; pero eleva lo á los mas altos puestos religiosos y políticos de su nacion, y habiendo tomado parte en los grandes acontecimientos de la época, muestra bien en su vida las variadas fases de la sociedad que le rodeaba, y es sin duda uno de los hijos de mas renombre con que puede gloriarse Salamanca. Nacido en esta ciudad (1537) de D. Pedro Alvarez de Anaya y Doña Aldonza Maldonado, descendientes de ilustres y antiguas familias de España, se dedicó en edad temprana á las tareas literarias, y en especial al estudio de los dos derechos. Sus dotes científicas y literarias le dieron muy pronto á conocer; pero un espeso velo encubre su moralidad, y fruto de sus amores con Doña Mariade Orozco, hija del desgraciado Iñigo Lopez de Orozco, fueron el tan celebrado Juan y Diego Gomez de Anaya, después colegiales en el fundado por su

padre. Avergonzado quizás D. Diego de su borrascosa juventud, ó avisado mas bien con la prematura muerte de Doña Maria, abrazó el estado eclesiástico, y tal renombre adquirió por su ciencia y sus virtudes, que D. Juan I, consultados los varones mas doctos del reino, le nombró maestro de sus hijos D. Enrique, primer principe de Asturias, y D. Fernando, conocido con el renombre de infante de Antequera, y despues rey de Aragon. Bien confirmó Anaya cuán digno era de la confianza de su rey, y las grandes dotes que le adornaban para tan delicado cargo, educando en el débil y enfermizo cuerpo del principe de Asturias el alma grande y generosa de un monarca que *temió mas el odio de sus súbditos que las armas de sus enemigos*, y reprimió con mano fuerte las demasías de un clero faustoso y de una nobleza turbulenta y orgullosa, y dirigiendo los primeros pasos del integro cuanto prudente tutor de D. Juan II, del valiente conquistador de Antequera y nunca bien ponderado sucesor de D. Martin en la corona de Aragon. El rey mostró pronto su reconocimiento al maestro de los infantes, y muero D. Juan de Castro, le colocó al frente de aquella diócesis (1384); mas tarde (1390) le promovió á la de Orense, vacante por defuncion de D. Pascual Garcia, y despues (1392) á la de Salamanca, que habia ocupado últimamente D. Carlos de Guevara.

La iglesia de Salamanca atravesó entonces una situacion embarazosa que puso á prueba las grandes dotes de su prelado. Sabidos son los conflictos que produjo en la menor edad de Enrique III la cuestion de su tutoria. Ya parecian terminados con haberse resuelto el cumplimiento escrito del testamento del rey D. Juan, sin añadir ni quitar uno solo de los tutores allí nombrados; pero discordes muy pronto en las cuestiones mas delicadas, duplicaron los males del reino. El arzobispo de Toledo, D. Pedro Tenorio, que con otros prelados y el conde de Benavente favorecia las pretensiones del rey de Portugal, quiso abandonar la tutoria; pero detenido cuando se retiraba á sus tierras, le fueron confiscados los castillos de Talavera, Uceda y Alcalá que dependian de su jurisdiccion. Clemente VII creyó ver un enorme atentado, y escomulgó al consejo de regencia y puso entredicho á los obispos de Salamanca, Palencia y Zamora, censuras que no levantó sino despues que por pretension de su legado, obispo de Albi, fueron restituidos al prelado toledano sus castillos y su libertad. Agréguese á esta las grandes cuestiones religiosas que dividian la Europa.

Bonifacio VIII, olvidando la sublime mision política que la Santa Sede estaba llamada á desempeñar en Roma, y trasladándola á Aviñon, inició la decadencia moral de su poder; Gregorio IX volvió á la capital del catolicismo: ya era tarde; los italianos no podian olvidar la funesta influencia que con sus pontifices habia ejercido Francia, y á la defuncion de Gregorio, á los gritos de un papa italiano ó la muerte, se reunió el Sacro Colegio y elevó al napolitano Bartolomé Prignano (Urbano VI). A los pocos meses la mayor parte de los cardenales declararon forzada esta eleccion, y nombraron para el solio pontificio á Roberto de Ginebra (Clemente VII). El gran cisma de Occidente opone los intereses de las principales cortes europeas: Escocia, Francia y Portugal, la Saboya, la Lorena y Nápoles, haciendo oposicion á casi todo el orbe católico, se declaran por el papa de Aviñon; Enrique II consulta á sus prelados en tan delicada cuestion (1379), pero le sorprende la muerte antes de resolverse, y D. Juan I se decide por Clemente VII (1381), despues que apreciando debidamente los consejos que su padre le dió al morir, reunió en Medina del Campo un concilio, que le trasladó á Salamanca por la inseguridad que habia creado nuestra guerra con Portugal. «El concilio de Salamanca, dice un escritor contemporáneo, hace eco en toda la cristiandad, y donde no se sigue su decision se respeta por lo menos.» Pero Enrique III, deseando tranquilizar los ánimos y uniformar el gobierno de sus iglesias, congregó en Alcalá de Henares una asamblea de los prelados y doctores del reino (1399), que por unanimidad resolvieron apartarse de la obediencia á Benedicto, sucesor de Clemente, y redactaron unas constituciones para el gobierno de las iglesias de Castilla, haciendo de jurisdiccion episcopal la provision de toda clase de beneficios y dignidades eclesiásticas, la decision de los pleitos sin ulterior apelacion, la dispensa de irregularidades y otros puntos análogos, hasta que hubiese en la iglesia un solo pontífice. D. Diego con otros prelados habia trabajado mucho por apartar al monarca de la obediencia á Urbano VI; y ahora obispo ya de Salamanca, formó parte de la junta de Alcalá (1). Pero esta decision duró muy poco: el monarca de Castilla participaba como los prelados castellanos de la perplejidad de otros principes y de otras iglesias en el complicado asunto del cisma, y reunió Cortes en Valladolid (1401) que resolvieron prestar á D. Pedro de Luna (Benedicto

XIII) la obediencia negada en Alcalá, á condicion de someterse á lo que resolviera el concilio general que se convocase. Anaya asistió á aquellas Cortes, y el rey le envió cerca del papa de Aviñon, acompañado del doctor D. Alonso Rodríguez de Salamanca, jurista, y de Fr. Alonso de Argüello, religioso franciscano, con cargo de probarle que el afecto del cardenal de Frias á la corte de Roma habia preparado lo resuelto en Alcalá. Triste aspecto nos ofrecen en estos siglos las naciones llamadas por la Providencia á esparcir por toda la faz del globo la semilla de la civilizacion; sofocadas bajo el peso enorme del poder pontificio, pierden en vano sus fuerzas en argucias teológicas, y reyes y prelados y magistrados y pueblos se anonadan indecisos ante autoridades opuestas; cuando en Roma los ensalzan, los anatematizan en Aviñon.

El obispo de Salamanca aun habiendo tomado una parte tan activa en las altas cuestiones religiosas y políticas que entonces se agitaban, no por eso abandonó el especial cuidado de su iglesia; queriendo que secundára individualmente el voto dado por toda la nacion en la *cuestion de Pontifices*, reunió un concilio en Salamanca, á que asistieron muchos obispos y sabios castellanos, con los embajadores del rey de Aragon, y se decidió tambien prestar obediencia á Benedicto XIII. En 1404, consintiendo su cabildo, cedió al infante D. Fernando la iglesia de S. Andrés de Medina del Campo que le habia pedido para fundar en ella un monasterio, y en 1407 dió á los religiosos trinitarios la de S. Juan el Blanco (1), permitiéndoles por primera vez establecerse en la capital de la diócesis.

Ya en 1402 era D. Diego de Anaya presidente del Consejo de Castilla y seguia la corte de Enrique III (2); conociendo Benedicto lo mucho que le interesaba el afecto del obispo presidente, le eligió (1408) para la silla de Cuenca, vacante por la muerte del obispo D. Juan: el cariño al pueblo que le vió nacer, y el interés de promover una fundacion que habia iniciado, le hicieron poner en manos del papa de Aviñon la renuncia de una promocion tan ventajosa, pero no fué aceptada.

Conocida la necesidad cada vez mas imperiosa de cortar de raiz los males del cisma, los reyes de la comunión católica promovieron la reunion de un concilio general en Constanza, ciudad que el emperador Sigismundo señaló al efecto. La reina Doña Catalina permanecia en la obediencia á Benedicto; al fin nombró por representantes de D. Juan II al obispo de Cuenca, al alcaide de los donceles, Martin Fernandez de Córdoba, y otros distinguidos varones (3) que en 1417 se presentaron en Constanza. En Peñíscola recibieron la bendiccion de Benedicto, y en Constanza fueron muy bien recibidos por el emperador y principes de su corte; pero allí como en Basilea suscitaron necias rivalidades por cuestiones de preferencia, y calentaron bien sus cabezas con miserables disputas de ritualidad (4). Solo recordando el espíritu y tendencias de aquella época puede atenuarse la desagradable impresion que nos producen tales trivialidades sostenidas con calor por hombres de grandes dotes. Cúpole sin embargo á Anaya no poca parte en los acuerdos del concilio, y la gloria de ser uno de los eminentes varones que agregados al cónclave de cardenales, eligieron por jefe único de la iglesia á Othon Colonna (Martino V).

El obispo de Cuenca fué agraciado por el nuevo pontífice con el arzobispado de Sevilla, vacante por muerte de D. Sancho de Egea, y á la vuelta de Constanza recorrió la Lombardia y visitó en Bolonia el colegio fundado por D. Gil de Albornoz y Luna, cuyas constituciones imitó despues en Peñíscola, y volvió á visitar á D. Pedro de Luna, y á

(1) Esta iglesia estaba fundada en la ribera del Tormes: es tradicion que fué catedral de Salamanca en la época de la reconquista: cuando la tomaron los trinitarios, la habian abandonado sucesivamente dominicos, y empujados por miedo á las avenidas del rio, en 1490 tuvieron que abandonarla ellos.

(2) La firma de Anaya se ve en los privilegios que en 15 de diciembre de 1396 concedió Enrique III á las ciudades Baza, Ubeda y Andújar. (Argote de Molina, lib. 2, esp. 164.)

(3) Fueron tambien embajadores por Castilla D. Juan de Badojor, D. Fernan Perez de Ayala, Fr. Fernando de Illescas, Fernan Martinez Davalos, doctor en decretos y dean de Segovia, Diego Fernandez de Vall, dean de Palencia, y Juan Fernandez de Peñalor, doctor en decretos.

(4) Los embajadores de Inglaterra y Aragon sostuvieron tales luchas con los de Castilla, y á tal punto llegaron, que estos con los de Navarra y otros principes y caballeros descontentos de preferencias acaso indebidas, salieron de Constanza, y solo volvieron á ruego de los padres del concilio y decidida la cuestion á favor de Castilla. Cuenta Ruiz de Vergara como casi todos los historiadores, que pretendiendo el embajador del duque de Borgoña colocarse delante del compañero de Anaya, lo resistió Martin Fernandez con templanza; pero de carácter mas irascible, el obispo de Cuenca separó por fuerza al orgulloso embajador y dijo á Martin: Yo como clérigo he hecho lo que debia, vos como caballero, haced lo que yo no puedo. Ametel de la Housaye cuenta particularidades mas interesantes. «El obispo de Cuenca, dice, habiéndose trabado de palabras con el embajador inglés que le disputaba la precedencia en el concilio, llegaron ambos á vias de hecho, y cogiendo el obispo al inglés que era de pogueña estatura, por medio del cuerpo, llevóle como un niño á la iglesia, y le arrojó dentro de una sepultura que á la sazón estaba abierta; volviendo á su puesto «dijo á su colega Fernandez de Córdoba: como eclesiástico he cumplido con mi deber. Acabo de enterrar al embajador de Inglaterra; ahora haced vos lo que falta como militar y como caballero.» Entonces tomó Anaya las armas de Borgoña que tenia el embajador, y se cuenta que cuando Carlos V visitó el colegio de S. Bartolomé, viendo que el fundador tenia sus armas, se admiró; pero habiéndole narrado la causa de ello, dijo: Con justo título se le deben y las tiene.

(1) Las Constituciones redactadas en esta junta las trajo Anaya al cabildo de su iglesia firmadas por el arzobispo de Toledo; el ejemplar que se conserva en el archivo de la santa iglesia catedral de Salamanca se encabeza así: Estas son las Constituciones que fueron fechas en Alen'd de Henares, en el año MCCCXCIX, las cuales ordenó el rey D. Enrique con consejo de los prelados de su reino, á traxolas el obispo D. Diego á Salamanca, é presentolas en el cabildo, en las cuales se contiene que se tirasen é tiraron de la obediencia del Papa Benedicto XIII, é fueron presentadas Martes á cuatro días de Febrero en el dicho Cabildo.

ruegos del rey de Aragón y del legado de Martino V, le suplicó que se sometiera á los acuerdos de Constanza; pero á nada accedió su corazón, mas duro, como dice un historiador, que la roca en que habitaba.

Tiempo es ya de que digamos algo del gran pensamiento que iba realizando Anaya en Salamanca, de la fundación del tan celebrado colegio de San Bartolomé. Siendo obispo de Salamanca había dado principio á tan importante empresa, y en adelante siempre fué el objeto predilecto de su celo: en 1401 escogió algunos estudiantes pobres y virtuosos, así cursantes como graduados, y dándoles las casas que junto al palacio episcopal tenía, les proveyó de sustento, y nombró rector de este humilde seminario al licenciado Pedro Nuñez; en 1405 les dió unas constituciones, las perfeccionó mas tarde (1407), é interesado doblemente en el fomento de su fundación, siendo obispo de Cuenca, encargó al canónigo Pedro Bernal la adquisición de un sitio mas espacioso que el entonces ocupado por los colegiales, y compró junto á la iglesia catedral unas casas (1), con cuyo derribo dejó espacio para su colegio (1413). Terminado el concilio de Constanza, volvió D. Diego de Anaya á Salamanca, y como si estuviese concluida ya, la obra de fábrica, escogió quince colegiales y dos capellanes, y con ellos él y sus dos hijos que hasta entonces habían vivido á su lado, vistieron el manto y beca que se han usado hasta la supresión del colegio. Un numeroso concurso, compuesto particularmente de los doctores de la universidad y de todo lo mas selecto y brillante de la sociedad salmantina poblaba la capilla el día primero que en ella se celebró (27 de diciembre); la fiesta terminó con un elocuente discurso pronunciado por el fundador, y la historia ha confirmado ya las gratas esperanzas que concibió de su instituto. Cuéntase que Anaya solía repetir cuando inspeccionaba los trabajos del edificio: *hago un colegio para defensa de la fé*, y un tiempo fué en que desempeñados los principales cargos políticos y eclesiásticos por sus discípulos, se vulgarizó la frase *todo el mundo está lleno de Bartolomicos*.

El rey D. Juan II nombró por sus embajadores cerca del de Francia al arzobispo de Sevilla y al conde de Benavente D. Rodrigo Pimentel; D. Diego adquirió entonces mucho renombre en el extranjero; había llegado al apogeo de su gloria, y era llegada la hora en que saborease la adversa fortuna. El gran maestro de Santiago, favorito del rey, miraba con recelo crecer en proporciones la colosal figura del fundador; quería tambien la sede de Sevilla para su hermano uterino D. Juan de Cerezuela, entonces obispo de Osma y tan memorable en la batalla de Sierra Elvira, y aprovechó la ausencia de Anaya para derrocar su influjo. Martino V escuchó la calumnia de que el arzobispo de Sevilla favorecía las pretensiones del antipapa de Peñíscola: D. Álvaro de Luna la apoyó, y el cabildo catedral de Salamanca, disgustado desde que su antiguo obispo quiso imponerle una disciplina severa, la sostuvo con pasión: Anaya fué privado del arzobispado (1420) quedándole solo el grado episcopal, con título de arzobispo de Tarsis y 20,000 florines de pensión en las rentas de su iglesia, y Fr. Lope de Olmedo, general de la orden Gerónima y muy favorecido por la corte pontificia, fué nombrado para administrar la vacante. El fundador salmantino se retiró á San Bartolomé de Lupiana; pero sus discípulos (2) combatieron sin tregua la imputación que se le dirigía: representaron al rey, lograron que remitiera los informes muy recomendados á la Santa Sede, y encargado de la averiguación del asunto el primado de Toledo, D. Sancho de Rojas, fué declarado inocente Anaya y repuesto en su silla (3 de enero de 1425). Mas Cerezuela estaba ya al frente de la metrópoli, y Luna seguía en el favor; por manera que hasta que fué promovido aquel á la silla primada (1434), no tuvo efecto cumplido la reparación; tres años quedaron á Anaya para reformar su iglesia, visitar la diócesis, mejorar su fundación y proteger á sus parientes: en Cantillana, pueblo de su arzobispado, le atacó la enfermedad de que murió en breve (1437). Su cadáver fué trasladado á la preciosa capilla de San Bartolomé, que con este objeto había erigido (1422) en el claustro de la antigua iglesia catedral de Salamanca, y colocado en el magnífico sepulcro que aun se conserva en su centro cercado con una elegante verja (3), en que se lee una inscripción de caracteres góticos (4). El testamento de D. Diego de Anaya se ha conservado: despues de varios legados instituye por heredero universal á su colegio, usando de la facultad apostólica que le concedió Benedicto XIII para testar de cuanto adquiriese en las prelacías y de otros bienes cuasi castrenses que había ganado en servi-

cio de sus reyes: la mas rica joya de esta herencia fué su librería abundante en manuscritos originales (1). Es cierto que una espesa nube empaña la juventud de Anaya; pero virtuoso y activo ya en otra edad, obtuvo por su religiosidad y saber los mas altos puestos de la nación, y supo desempeñarlos con lucidez, merecer la confianza de sus monarcas, y probar hasta en otras naciones la justicia de su renombre.

FERMIN HERNANDEZ IGLESIAS.

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCIA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO IX.

(Continuación.)

—Venga, Elvir, venga... pues no sé qué presiente el corazón. Pero ¿cómo soy tan débil y tan insensato?... No... no... Elvir, que parta, y lleve á su desleal señora el peso de mi odio y de mi desprecio.

El pajeillo, que no había esperado la segunda orden para irse como una flecha en busca del mensajero, mal pudiera escuchar esta nueva resolución del duque, quien clavado quedose en el umbral de la cámara, preocupado de fuertes y encontradas imaginaciones. Aun se hallaba luchando con ellas, apoyada la frente sobre las jambas de la puerta, cuando en los vestíbulos empezaron á sonar confusamente pasos, que aclarándose cada vez mas, dejaron pronto percibir la llegada de dos personas á la estancia ducal.

—Ellos son! murmuró D. Pedro, que saliera de su distracción al choque desigual de las pisadas. ¡Mejor! Así sabremos á qué atenernos, y llegaremos hasta el fin.

Y se fué á sentar con la majestad de un príncipe en sendo sitio de brocado toledano, cuando ya Elvir en el alfeizar de la entrada alzaba su voz, anunciando:

—El honrado Belardo de Mendaya demanda audiencia de vuestra señoría ducal.

Un ademán imponente fué tan solo el asentimiento del de Giron.

CAPÍTULO X.

HORAS DE TEMPESTAD.

No hay para qué referir la escena entre el caudillo de Tordehumos y el mensajero que vimos entrar á besarle los pies. Hay mucha distancia entre los interlocutores, para que pudiera allí pasar nada que escudiese los perfiles de la etiqueta y la circunspección aristocrática. D. Pedro era muy dueño de sí en semejantes casos para venderse á la malicia de un criado, y el escudero sabía bastante de camarería, para guardarse de salir á terreno resbaladizo.

Los guardas de la villa vieron salir con la mayor indiferencia del mundo al buen hidalgo del magro palafren, á media hora poco mas ó menos de haber entrado en ella por gracia é influjo del bullicioso Elvir, favorito del duque, y diablo suelto de todas sus gentes y servidores.

El día se pasó, como los anteriores, en órdenes, conferencias, aprestos y revistas. D. Pedro recibió sin descanso capitanes y correos, avisos y refuerzos. Estuvo activo y hábil como de costumbre. Solamente ciertos curiosos le notaron algun momento de melancólica distracción y cierto ardor desusado en sus ojos, que contrastaba mas por el semicírculo morado sobre que se destacaba en espacioso y trasparente globo. Pero lo achacaban á la continuada vigilia, á los cuidados del gobierno, ó cuando mucho á puridades juveniles de que no libertan la púrpura ni el arnés.

Llegó presto la noche, como sucede en las tardes enojadas del invierno; echáronse los peines, salieron las rondas, veláronse los muros, y sonó por fin la queda de timbales y clarines, y el centinela del castillo exhaló el primer grito de vigilia militar.

Todo yacía en completa calma, despues que el aliento de la noche fué estinguendo uno por uno los últimos y perezosos ruidos de una población que sucumbe al beleño de las tinieblas y de las fatigas. Si desde las solitarias y angostas calles de la villa le place al curioso seguirnos hasta el cerro donde se asienta la fortaleza, y trepando por su escarpada vertiente, penetra en su recinto por una triple arcada y ágría es-

(1) Entre las preciosidades manuscritas de esta biblioteca, figuraban los escritos originales del Tostado, cuyo salvamento milagroso de un naufragio es bien conocido; sin embargo, hoy ignoramos el paradero de estos papeles: nuestros disturbios han sido menos generosos que las olas del mar.

(1) Seiscientos florines de oro de Aragón costaron estas casas, propiedad de la catedral de Salamanca ó del convento de San Pedro de Cardeña.

(2) Figuraron al frente en esta interesante empresa el Dr. Juan de Mella, que despues fué cardenal, el doctor Alonso de Paladinar, mas tarde obispo de Ciudad-Rodrigo, y el doctor Juan Rodríguez de Toro, que no aceptó el obispado de Coria que le ofrecía D. Álvaro de Luna porque desistiera de esta causa.

(3) Los discípulos de la escuela especial de arquitectura que en 1855 hicieron una expedición artística á Salamanca, copiaron este sepulcro y muchos detalles del interior de la capilla.

(4) Aquí yace el Rmo. é Illmo. é muy magnífico Sr. D. Diego de Anaya, arzobispo de Sevilla, fundador del insigne colegio de San Bartolomé. Falleció año de 1437.

calera de caracol; si no ha por molestia deslizarse á lo largo de un murallo que corta la plaza de armas; y si tiene ánimo para entrar por un postigo y dejarse llevar por la mano á través de espacuosas cuadras y pasadizos, no desiertos de ballestas y ojos vigilantes, le conduciremos á la cámara del gobernador de la plaza, donde ya entramos antes con el buen escudero de Mendaya, y verá y oirá lo que nosotros vamos á ver y oír. En ella pues, á la macilenta luz de una lámpara de bronce suspendida del elíptico cascarrón, hallará á nuestro antiguo conocido D. Pedro Giron, aunque no de tan buen talante como pudieran desear sus bien-querientes.

Sentado el infanzon delante de un macizo escritorio, y haciendo del siniestro brazo un ángulo de resistencia para su pálida y ardorosa frente, contemplaba con árida turbación un pergamino blanquísimo y perfumado que su diestra tenía es tendido sobre la oscura planicie de nogal. La variada y siempre profunda espresion de su fisonomía móvil y sentida daba á conocer desde luego que en su alma batalla tenían trabada recios y encontrados impulsos. Ya se oprimía convulsivamente las palpitantes sienes, cual si quisiese arrancar de allí una idea de tormento mortal; bien quedábase abatido y empañados los ojos por húmeda nube de tierno y delicado pesar, y también brillando súbito en ellos un rayo magnífico de viril resolución, se levantaba calmado y altivo con la sonrisa del desden en los labios y la dignidad de un juez. Mas pronto su boca tornaba á agitarse, su semblante á oscurecerse, cruzaba el aposento á pasos sin compás ni dirección, y volvía á caer sobre el billete, lanzando un gemido desgarrador y tristísimo.

Y reinaba nuevamente el silencio tan fatídico y tenebroso como el que reina en los intervalos de la tempestad.

Una campana monótona y confusa rompió ahora con su misterioso diapason.

—¡Las siete!... prorrumpió el castellano, saliendo de un caos de confusión y de fiebre. ¡Las ocho!... Una hora resta nada mas... pero una hora de martirio y de duda y de tribulación!... Esta es su carta... sí!... Ella ha trazado estos caracteres, que acaso envuelven una nueva alevosía. Sobre esta superficie ha posado aquella mano que yo tanto acaricié... mientras me clavaba un puñal en las entrañas con desleal y perversa ingratitud!... ¿Y yo he de volver á verla?... ¿Yo conceder mi presencia á quien me ha llenado para siempre de amargura!... Confúndame Dios!

«Si estimais la paz de vuestro espíritu, y si en algo tiene un caballero la vindicación de una dama, á las ocho de la presente noche hallareis en el santuario del castillo viejo quien ruegue por vuestra ventura á la madre de los acuitados.»

»FLOR DEL MAR.»

¡Flor del mar!... Nombre adorado que encierra un tesoro de recuerdos... una vida de ilusión y de inefable encanto. ¡Flor del mar!... Ese era su nombre... el nombre de amor y de inocencia... el nombre inspirado y dulcísimo que el amante dió á la amada en el misterio de sus corazones, en la poesía de su felicidad. Oh!... este nombre elocuente, este símbolo divino de ternura y de bendición, me hiere con magnético influjo, y despierta en mí el mal apagado incendio de aquel prepotente y tempestuoso amor... Sí, la veré, sabré sus males ó sus bienes, la diré cuántas lágrimas han vertido mis ojos, cuántos ayes exhalado mi alma, sin luz y sin consuelo.

Pero ella ha pisado sus juramentos, ella es mi infierno sobre la tierra... no es digna de piedad y cortesía.

¡Qué digo!... Perdoneme la sombra de mis abuelos. Llevo en mis venas la sangre de los héroes de La Vanda, soy español... y el fuero de mi casa y de mi tierra es el respeto y el amparo á la mujer.—Y luego ¿dónde está la prueba de su imputada traición? ¡Nécio de mí! ¿No es la esposa del almirante?... ¿Y qué? ¿No han ido otras bellezas al tálamo como la víctima al altar?... ¿Quién sabe si es mas infeliz que yo?... Corren unos tiempos en que el fuero de la paternidad puede cuanto quiere... y acaso mas. Aun cuando solo por apurar la incertidumbre y despejar el enigma, debo y quiero presentarme como quien soy. Quizá voy á parecer débil... mas si no, pasará por cobarde. Jamás, pardiez.

Un golpe violento dado por el duque sobre un timbre hizo que una nota aguda y percutiente acompañara la terminación de la frase. No se había extinguido el eco, y ya Elvir estaba en presencia de su desvelado dueño.

—Las sillas sobre Boreas y Azor, y á caballo dentro de quince minutos!

—¿Solos?—se limitó á contestar el adolescente.

—Con nuestro brazo y buena voluntad.

El continente del duque no daba lugar á diálogos mayores.

Así pues Elvir salió algo mohino y ensimismado: pero cumplió al pie de la letra el mandato recibido, y antes de medio cuarto de hora ya estaba de vuelta en la cámara del duque, vestida una ligera loriga

y con el estoque á la cinta. D. Pedro por su parte no había perdido el tiempo, echándose una malla finísima, cubierta con un colete de ante acuchillado de escarlata, calzado de flexibles botas con espacioso pabellón y doradas espuelas, amen de una lengua espada de combate, y cierto sombrero á la chamberga, bajo cuyas alas pudiera su rostro escaparse á la mirada de algun curioso ú otra cosa peor.

—Boreas y Azor esperan en el zaguan del homenaje.

—Al pórtico de Santa Cristina.

Y echó el paje delante, y el caballero le siguió por una salida reservada que caía sobre la poterna, por donde aquella mañana vieron entrar á Elvir y á su compañero de camino.

Pocos instantes después el porton gemía sobre sus goznes, y dió paso á dos ginetes embozados en anchos ferrerueros y que casi no se destacaban sobre el fondo de la oscuridad. Bajaron despacio la pendiente del cerro, y apenas en camino llano:

—Al santuario del Castillo-viejo! dijo el que llevaba la delantera.

Y partió como el aliento de la tempestad.

El otro embozado aflojó la brida de su corcel, quien sin mas impulso lanzó en pos del primero como la flecha tras la paloma.

A poco se perdieron en la oscuridad, y el porton de la fortaleza se cerró con pausado y melancólico sonido.

(Continuará.)

LAS ILUSIONES.

Entre lo que mas me atormenta en este pícaro mundo he contado siempre la manera que yo tengo de ver todo lo que me rodea y cuantos acontecimientos de la vida humana llegan á mi noticia: por un fenómeno que no puedo explicar, pero cuya existencia conozco, yo todo lo veo de distinto modo que los demás. No sé si en esto gano ó pierdo; pero es lo cierto que me sucede así, y la consecuencia lógica de semejante causa es que casi siempre me encuentro en la mas completa contradicción con todo lo que veo y oigo, y con cuantos hombres me hablan. No obstante el respeto que rindo á las mayorías, me hallo condenado á vivir en perpétua minoría, puesto que poquitas veces estoy de acuerdo con lo que dicen los mas. Por lo anteriormente espuesto no estrañarán mis lectores que combata hoy lo que la generalidad afirma sobre cierta opinion tan autorizada ya, que apenas encontraré quien se ponga de mi lado en una cuestion que cuenta con el apoyo casi unánime de las personas de todas las edades y condiciones.

En todas partes y de todos lados sale un constante clamor contra lo que ha dado en llamarse *materialismo grosero de nuestro siglo*, y no hay ya paciencia suficiente para sufrir un día y otro día, un año y otro año, las declamaciones de los hipócritas, los sarcasmos de los impíos y la charlatanería de los indiferentes, que se empeñan en sostener con la mayor formalidad que está próximo, muy próximo, un cataclismo social venido sobre la humanidad tan solo por el *materialismo* que todo lo ha invadido y domina.

Y yo, que como he dicho al principio de este artículo, se me antoja ver casi todas las cosas de diferente manera que los demás, me río á carcajada tendida un día y otro de las vanas declamaciones de los hipócritas, de los sarcasmos de los impíos y de la charlatanería de los indiferentes, porque creo de todas veras que jamás ha existido un siglo de mas ilusiones que este, ni nunca la humanidad se ha paseado mas por los inmensos espacios de la imaginación que en la presente época.

Si algun filósofo, aunque sea *in fieri*, tiene el mal gusto de leer estas líneas, creará cuando menos que yo me voy á engolfar en ese intrincado laberinto de las diferentes escuelas filosóficas, cuyos autores y discípulos se han roto los cascos años y mas años con el fin de averiguar la verdadera relacion que existe entre la *materia* y el *espíritu*, pasando de aqui luego á investigaciones sobre *el ser* y el *conocer* que son capaces de volver tarumba hasta al mismo Krausse, no obstante su especial organismo para tan profundos estudios; pero yo, que nada tengo de filósofo, y que no me he propuesto averiguar la razon y el por qué suceden las cosas, sino combatir una opinion muy general, pero muy errónea á mi modo de ver, dejo para alguna otra ocasion mas oportuna eso de remontarme á la alta esfera de la filosofía, para buscar la explicacion de tal fenómeno, y á mi manera y como Dios me dé á entender probaré, contra lo que todos dicen, que nuestro siglo es el de mas ilusiones que han visto los nacidos, por mas que quiera sostenerse lo opuesto.

Como la tesis que me propongo sostener se funda en la narración de hechos contemporáneos que prueben hasta la evidencia que cuanto se declama contra lo que se llama *materialismo* es falso, porque jamás la humanidad ha conocido una generacion que se alimente mas de ilusiones que la actual, no creo necesario hacer ninguna es-

curción al campo de la historia antigua, donde de seguro hallaría datos y sucesos con que apoyar, no solo mi opinión, sino también la contraria, puesto que una de las grandes ventajas que yo siempre he encontrado en el estudio de la historia es que en ella hay armas para combatir en todos los terrenos, y argumentos que usar en pro y en contra de cuanto se quiera sostener.

Entrando pues aquí, como se dice ahora, en el fondo de la cuestión, presentaré algunos ejemplos que prueben completamente cuanto dejo dicho.

Mis lectores conocerán de seguro una porción de esos hombres que siendo las mas completas nulidades llegan á hacerse la *ilusión* de que tienen una gran importancia en el mundo, y que cuando menos son los señalados por el dedo de la Providencia para arreglar los destinos de la humanidad, y redimirla de los muchos pecados, y tonterías que continuamente comete. Inútil será que un alma caritativa trate de sacarles del error en que se encuentran poniéndoles de manifiesto su insignificancia, y lo mucho que de ellos se rien los demás: encaramados nuestros héroes en lo mas alto y encumbrado del mundo de las *ilusiones*, desprecian á todos los que se les ponen á su paso, marchan de frente hácia su fin con la cabeza erguida, dirigen una mirada de superioridad á cuantos los rodean, califican á la humanidad entera de estúpida é ignorante, y siguen con la *ilusión* de que solo ellos, y nadie mas que ellos, son el origen y la fuente de todo bien para el género humano.

Otros se hacen la *ilusión* de que no son pobres; y aunque la pobreza es una de las verdades que admiten poca duda, el que llega á hacerse la *ilusión* de ser rico, no hay fuerzas humanas que le convengan de lo contrario. El día que estrena un frac ó una corbata iguales á la que sabe que compró el duque de Medinaceli, por ejemplo, ya se hace la *ilusión* que es tan duque como dicho señor; y si por casualidad le encuentra en la calle, en el paseo ó en el teatro, le mira como de igual á igual, se arrellana en su butaca, y en aquellos momentos hasta se hace la *ilusión* que le espera en la calle un magnífico carruaje, tirado por dos briosos caballos, y servido de lacayos con galoneada librea, y un palacio, con ayudas de cámara, ugières, y mil y mil servidores á quienes mandar.

El que llega á hacerse la *ilusión* de que es orador, pierde el trabajo cualquiera que tome á su cargo el convencerle de que sus discursos estan llenos de sandeces, que no hay plan ni método en ellos, que las citas históricas que hace son inconvenientes, que dice palabras inoportunas, que cuantos le oyen se rien de él; por último, que Dios no le llama por el camino de los Demóstenes, Cicerones y Mirabeaux: hablará, y hablará siempre que se le presente ocasión; entrará en sociedades de minas, ferro-carriles y seguros por pronunciar un discurso; asistirá á reuniones electorales y de milicia, y hasta se hará diputado para hablar en pro ó en contra de cualquier cosa que se discuta, puesto que para él que se hace la *ilusión* de que es un gran orador, la cuestión es hablar. Al que se hace la *ilusión* de que es poeta y literato, y estos son los mas temibles, se cansará inútilmente el que quiera sacarle de su error. Sus versos son los mas selectos que se han hecho desde Homero acá: sus comedias van á producir una revolución en nuestro teatro (aunque sea de silbidos), sus trabajos en prosa son lo mejor que se ha escrito. Y es imposible libertarse de oírle recitar los diez y siete últimos cantos de los cincuenta y cuatro y medio de un poema que ha compuesto titulado *el juicio final*, en que se imita el sonido de la trompeta, los alaridos de los condenados y las blasfemias de los diablos. Y no hay medio de no escuchar los tres primeros actos de los quince de que consta un horripilante drama con su prólogo, advertencia, intróito y epílogo, titulado *el cólera morbo*, en que se morirá hasta la población donde se represente. Y finalmente, hay que elogiar unas seguidillas á las narices de cierta *ribeteadora* polkante en Capella nes, que arden (las seguidillas por supuesto, no las narices) en un candil.

En cuanto á ese mundo de *ilusiones* en que viven los enamorados (por mas desengaños que sufran), las feas (aun mirándose mucho al espejo), las jamonas casquivanas (no obstante las traiciones de que sean víctimas), los almirados viejos (sin embargo de los chascos que se suelen llevar), esa multitud de conquistadores pollos (á pesar de las calabazas, *coups de pied*, y alguna otra caricia por el estilo que puedan recibir), los aficionados á la política (aunque cada día presencien una traición), y finalmente los mineros (que suelen ver explotar... su bolsillo), es imposible decir una sola palabra que no sepa ya todo el mundo que los haya contemplado respirando en la embriagadora atmósfera de las *ilusiones*, creyéndose dos líneas distantes, á lo mas, de la suprema felicidad.

Por último, lectores, tales son y tantas las *ilusiones* que todos nos formamos en la vida, no obstante que dicen que estamos *materializados*, que para enumerarlas sería preciso escribir una obra mas larga que la necesaria para referir todos nuestros desaciertos políticos; pero acabaré aquí diciéndoos que vosotros en este instante os está

haciendo la *ilusión* de que habeis leído un artículo, lo cual no os extrañará si os confiesa que también se la hace de que le ha escrito,

EL BARON DE ILLESCAS.

A CORINA.

En su día.

Corred, versillos míos,
corred en ráudo vuelo,
y á mi gentil Corina
felicidad muy tiernos:

A la sin par zagala
que en los márgenes bellos
del Betis, siempre claro,
es de gracias modelo.

Llegad muy respetosos
á ofrecerla el incienso
de mi grata memoria,
de mi fino recuerdo.

Decidla, si afligida
la encontráreis sintiendo
de sobresalto llena
la ausencia de Fileno,

Que sus pesares temple,
que ausencia de un momento,
por breve no merece
anular su contento;

Que su graciosa imagen
ocupa siempre el pecho
de aquel que por su dicha
hace votos al cielo;

Porque viva felice
sin penas y sin duelos,
cercada de placeres,
colmada de contentos.

Por último, decidle
con el suave acento
que cautiva las almas
sin inspirar recelos,

Que el tiempo no malogre,
que aproveche su tiempo
que es precioso, y no torne
hácia atrás ni un momento.

A TIRSA.

ROMANCE.

¿Por qué, Tirsa, tal desvío
á par del halago tierno?

¿Por qué tus ojos me dicen
lo que me calla tu acento?

¡Nunca por mi mal vinieras
á causar tantos desvelos
desde la ciudad de Alcides
donde fué tu sol primero!

Pues á la vez que tus gracias
han turbado mi sosiego,
no me es dado averiguar
si eres sensible á mi afecto.

La pasión que me inspiraste
mis tristes labios dijeron,
cuando humilde, respetoso,
te espliqué mi amor sincero.

No del rayo el fiero golpe
sigue tan veloz al trueno,
como al mirarte impasible
quedé absorto y sin aliento.

¡Qué indiferente me escuchas!
y no dando ni un acento
por respuesta á mi plegaria,
me dejas frío como el hielo.

Desesperado te escribo
un papel lleno de fuego,
sentido cual yo lo estaba,
sincero cual es mi afecto.

Cuatro vueltas ha descrito
después Febo al hemisferio,
y no á contestarme tú
has consagrado un momento.

Hazlo de cualquiera suerte
para calmar mi tormento;
moriré de amor si me amas;
si no me amas, de despecho.

M. C.

CLUB DE MADRES CELESTINAS.

Juntas estaban un día
en casa de Satanás
todas las viejas del mundo,
mas amargas que el agraz.
Sentóse en medio una dueña
con mas años que el andar,
per omnia secula humano
y ejemplo de eternidad;
y, juntando las narices
con la barba para hablar,
mostró una sima en la boca
que trascendía á alquitrán.
Sepades, dijo, vosotras,
las que venís á escuchar,
que si hoy orejon parezco
fui ayer hembra mortal;
que este melon, que atrevido
memento diciendo está,
llevó madejas de oro,
y en cada hebra un galán;
que estos libios berengenas
fueron ayer de coral,
y era *et cetera* de mármol
lo que hoy es pasa no mas;
y que de tan nobles partes
y de tanta cualidad
al mirarme enamoróse
un gallardo hijo de Adán.
Me casé; y antes de un año,
por su bien ó por su mal,
llegué un bosque de tinteros
en su cabeza á plantar.
Con el sudor de su frente
ganó mi marido el pan:
ahora estará en el infierno,
¡guárdele Dios por allá!
A una doncellita errante
comencé luego á adiestrar
en curar bolsas hidrópicas
por no estar nunca de mas;
pero un maldecido *guro*
llegónos á avizorar,
á ella la valió el *calcorro*,
y á mí me perdió la edad.
Sacóme el sastre de culpas
del *banasto* á pasear,
poniéndome una camisa
que no se ha roto jamás.
Y despues de esto, temiendo
que el frio me hiciese mal,
me vistió un manto de plumas;
¡pague Dios su caridad!
Dijo la vieja, y callóse;
aplaudieron las demás;
y entre toses y moquitas
se marcharon á acostar.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

LETRILLA.

Que Camila encantadora
Diga al novio que le adora,
Quizás;
Que no adore mas Camila
Un pañuelo de Manila,
Jamás.
Que entienda bien Don Macario
Las cuentas de su rosario,
Quizás;

Mas que al manejar mis rentas
Traiga corrientes las cuentas,
Jamás.
Que ante los hombres Clotilde
Baje los ojos humilde,
Quizás;
Creer que de esto se infiere
Que la niña no los quiere,
Jamás.
Que taberneros oscuros
Fumen excelentes puros,
Quizás;
Mas lograr que los indinos
Nos vendan puros sus vinos,
Jamás.
Que exista algun comerciante
Que no sea petulante,
Quizás;
Que haya uno aqui ó en Malta
Que nos dé el peso sin falta,
Jamás.
Que haya jóvenes coquetas
Sin saber hacer calcetas,
Quizás;
Mas ver una solamente
Sin bailar perfectamente,
Jamás.
Que las criadas á gritos
Brinden por los señoritos,
Quizás;
Pero que las habladoras
Traten bien á las señoras,
Jamás.
Que cure un médico honrado
Gratis á un necesitado,
Quizás;
Pero creer que lo haga
Con el amor que al que paga,
Jamás.
Que las muchachas mejores
Se parezcan á las flores,
Quizás;
Negar que las mas divinas
Suelen clavar mas espinas,
Jamás.

V. MARTINEZ MULLER.

JEROGIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid. — Imp. del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.